

Venturoso viaje de vuelta

–¡Quita, tonto! –escapaba mi abuela por el pasillo cada vez que mi abuelo, fauno asilvestrado, simulaba perseguirla por las habitaciones de la casa.

El viejo, suspirando, se disculpaba con el manido requiebro.

–¡No lo puedo evitar! ¡Es que aún estoy tan enamorado!

La abuela reía entre ruborosa y comprensiva.

–Por culpa del tren... ¡Sin aquel viajecito nunca hubiera sido lo mismo!

Pasó bastante antes de la Guerra civil, cuando mi abuelo Esteban todavía trabajaba de maestro en Calahorra. Por aquel entonces era un guapo mozo, robusto, alegre y presumido, y todavía creía que en la vida todo se puede conseguir a fuerza de voluntad e insistencia. Y es que... lo que él pretendía, en el pueblo, se consideraba misión imposible: se había enamorado de la hija del comerciante más rico de la localidad.

–¡Señorita Ernestina, señorita Ernestina! –la saludaba con una inclinación de cabeza en los paseos morosos del domingo, por la Plaza del Raso o por la Calle Mayor.

Ella sonreía, hacía momos con el abanico o jugaba a plegar o desplegar su sombrillita y, entre el revuelo de la falda, consentía en mostrar con coquetería la parte del tobillo que no alcanzaban a cubrir sus botines de tacón.

Mi abuelo sufría y penaba, correteaba calle arriba propiciando nuevos encuentros y se desesperaba entre los celos y la pasión. Y es que Ernestina era mucha Ernestina: ella sabía que los que no la pretendían por sus gracias personales (evidentes y generosas) lo harían al menos por los dineros de su padre: ¡todo cuenta cuando lo que está en juego es el corazón! No hacía falta apresurarse: entre Calahorra y los alrededores podía permitirse elegir a quien quisiera y la insistencia del maestro auguraba diversión.

En aquella época Esteban gastaba traje de chaqueta cruzada con botones nacarados, bombín achatado y bastoncillo de junco con empuñadura de metal como los señoritos de la capital. Aunque fuera un sencillo maestro, la arrogancia de la juventud le daba alas para suponer que podía competir con los otros pretendientes potentados, aquellos que presumían del dinero heredado que dilapidaban en fiestas porque nunca habían tenido que ganar un jornal. Y por eso mi abuelo vestía con un decoro levemente atildado, con la ilusión de que entre su buena salud y su ingenio todavía tendría posibilidad de ganarles la presa a los que se las daban de componer la buena sociedad pueblerina.

Y así, entre paseos arriba y abajo, coqueterías y augurios ilusorios, Esteban llegó a la conclusión de que tenía que presentarse ante el padre de Ernestina para solicitarle, con todos los respetos, su delicadísima mano. Para tal empresa el maestro no se sentía privado de elocuencia, que tenía a raudales, pero sí veía un impedimento insuperable: el atuendo adecuado. Y si contaba con el traje de rayas con que había acudido exitosamente al engorro de las oposiciones, carecía por otra parte del complemento necesario: el manoseado bombín de todos los días no era nuevo, ni moderno, ni hermoso. Había que comprar un sombrero apropiado, así que en la primera oportunidad

se escaparía a Logroño para conseguir el socorro de la última moda. ¡La ocasión merecía el sacrificio del gasto!

Aquel sábado de primavera presentaba todos los ingredientes necesarios para henchir de ilusiones el alma del enamorado. El tren que venía de Tudela llegó alegre y ruidoso a la estación y el maestro lo tomó con la premonición de que ese viaje determinaría su futuro. Tras la llegada a Logroño, se dirigió directamente desde el Espolón hacia la calle Portales, donde se encontraban las más famosas tiendas de sombreros.

Después de informarse acerca de los nuevos modelos y dudar entre el panamá y el borsalino, se decantó por el último: el panamá, con su visera de paja, le pareció más... más... campesino... ¿Cómo decirlo? Pensó que, de alguna manera, rimaba mejor con el tipo de persona (maestro rural) que él precisamente pretendía dejar de ser. El borsalino era un sombrero elegante: su fieltro tan fino y esa cinta anudada a la izquierda conferían a su propietario un halo de misterio casi cinematográfico...

–Es fieltro de piel belga... –aclaró el comerciante bajando la voz–
¡Fabricado en Italia!

Aquello suponía el máximo de la distinción. Mi abuelo probó a moldear el caprichoso sombrero con las manos para comprobar la flexibilidad del material.

–Vea, vea –insistía el vendedor– La corona triangular es más acusada que en los otros modelos... ¡Mucho más elegante!

Esteban sacó de la cartera los billetes de varios meses de ahorro, sistemáticamente doblados y clasificados en los compartimentos internos, y los extendió sobre el mostrador. En las relaciones humanas, la primera impresión

es lo que cuenta: un sombrero bien podía transformarlo ante su futuro suegro de maestro en triunfador.

Ya en la calle arrojó su anticuado bombín a la basura y se encasquetó el borsalino: así el tocado se iría adaptando al contorno de su cabeza.

Después de un paseo y de solventar los encargos obligados, el maestro volvió a la estación: ya sólo restaba el venturoso viaje de vuelta.

El tren que venía de Miranda llegó con cierto retraso, pero la espera sirvió a nuestro protagonista para acomodarse a su nuevo aspecto y a su nueva personalidad de hombre desenvuelto. Incluso llegó a cometer la coquetería de entrar en los aseos para ensayar en un espejo borroso las variadas posiciones del sombrero: tapando la frente, inclinado hacia la oreja derecha, simétrico, con el ala hacia abajo... A la salida, paseó por los andenes para observar a los otros viajeros y, frente a ellos, se sintió elegante, joven y triunfador.

Por fin, llegó la locomotora bufando y entre chirridos y humos los viajeros se apresuraron a ocupar sus asientos. Esteban saltó los dos escalones con una airosa cabriola y se adentró por el pasillo en busca de su compartimento. Allí coincidió con dos damas: una madre y su hija, una joven graciosa apenas un poco mayor que los alumnos de su escuela. Después de ayudar a las señoras a subir sus bultos al maletero, los tres ocupantes, únicos pasajeros en ese vagón, se sentaron ocupando su plaza. Por cortesía el caballero se quitó el borsalino, que depositó en el asiento de al lado.

El aire cálido de la tarde se colaba por las ventanas abiertas del vagón y el paisaje aparecía ante los viajeros con el color verde y dorado de los cuentos de la infancia. Esteban se sentía hablador y comenzó una perorata con la

madre y la hija acerca de sus respectivas vidas, gustos e intereses. La señora era viuda de un notario y se alojaba actualmente en su pueblo natal, cercano a Calahorra. Como la madre disfrutaba de una pequeña pensión, había enviado a la hija a educarse a un colegio de la capital, de donde volvía después de aprender las nociones básicas en la instrucción propia de una señorita y ciertos rudimentos de francés. La chica era simpática, respondía cortésmente a las preguntas del maestro y, a la vez, se interesaba por los lugares que cruzaban y por sus gentes, ya que, según decía, había estado durante demasiado tiempo alejada de la vida “de verdad”.

Más allá de Agoncillo las señoras convidaron a la merienda y el aventurero se dejó agasajar, encantado por tanta delicadeza. Se había establecido una corriente de camaradería, o quizás de amistad, entre los pasajeros y los tres disfrutaban del trayecto como si se tratase de un viaje de recreo.

Al otro lado de la ventanilla desfilaban los campos, las pequeñas arboledas y algunas casas dispersas, un riachuelo, un rebaño, unas lomas, un alpendre o una cerca con vacas. Estaban todo lo señalaba y sus compañeras, encantadas de los saberes de su nuevo amigo, por todo preguntaban y se entretenían en imaginar explicación a las nubes, al pequeño huerto con sembrados, a la fuerza del tren o al empuje del viento que enviaba hacia atrás las figuras de los hombres, animales y cosas traspasadas por el vigor de la locomotora.

Finalmente, cuando ya habían dejado atrás Alcanadre, Esteban les contó su secreto: había viajado desde Calahorra a Logroño para comprar un sombrero, con el que presentarse ante un afamado comerciante para pedir la

mano de su hija. Ante semejante confesión, la madre calló con prudencia. La muchacha abrió desmesuradamente sus hermosos ojos y ensayó una leve aserción, pero enseguida calló. Una sonrisa de disimulada inteligencia asomó a sus labios delicados y pronto dirigió la conversación hacia circunstancias menos personales.

Féculas de Navarra al frente, a la izquierda Sartaguda y Lodosa, y a la derecha El Villar de Arnedo y Pradejón. Los campos y los pueblos iban quedando más atrás, tanto si los cruzaba la máquina, como si se adivinaban o se imaginaban más allá de las vías del tren. Ya quedaba poco tiempo de viaje y, aunque la conversación se mantenía estimulante, la señorita se moría de calor. El caballero, complaciente, se aprestó a acompañarla al pasillo. Ella tomó de las manos de su madre el bolso y los guantes de encaje y salió la primera. Él, al verla de pie, se sorprendió de su silueta agraciada, admiró su prestancia y, por subrayar la galantería y el respeto, se puso el sombrero.

En mitad del corredor se entretenían en mirar por la ventana la desaparición apresurada de las imágenes que el tren sobrepasaba de avanzada.

—¡Allí, allí! —señalaba la muchacha dibujando en el aire el perfil de una mancha.

—¡Un campo de trigo, una colina, un desmonte! —respondía Esteban a cada una de sus exclamaciones.

—¿Y aquello? ¿Ese cerro?

—¡La erosión de la montaña! —aclaraba el maestro, y los dos celebraban con risas el hallazgo.

–¿Y ese bulto pequeño, esa sombra, ese escorzo? –gritó finalmente la chica, casi con impaciencia, señalando allá al final, en la lejanía, un pequeño punto que se disolvía entre el verdor del horizonte.

El maestro, intrigado por la emoción de la joven, sin alcanzar a divisar el misterio, se alzó sobre las puntas de los pies para asomar la cabeza por la ventanilla. Pero lo que vio no fue la solución del enigma, sino el vuelo de su sombrero borsalino, que salió despedido en pirueta presurosa, llevado en alas del aire, para perderse en la polvareda de la lejanía.

–¡Oooh! –exclamó la muchacha mientras le reían los ojos.

Y ante la mirada desolada de Esteban añadió simulando un candor impostado:

– Y ahora... ¿cómo arreglará usted su pedida de mano?

–¿Y Ernestina qué? –preguntaba bromeando la abuela después de las graciosas escaramuzas.

–No pudo ser... ¡Por culpa del tren! –contestaba él con un guiño, y todavía añadía en venganza contra el padre adinerado: –Pero no importa: ella era una presumida... A ti nunca te llegó ni a la suela del zapato. ¡No merecía el sombrero!